

LOS QUE MUEREN

PAUL DÉROULÈDE

EL que mientras caminó por el mundo fué errante peregrino en pos de su ideal; el que con la espada en su mano, la pluma en la diestra, en el corazón el amor a la patria y en los labios el apóstrofe brioso y cálido; Pablo Déroulède, el soldado-poeta, ha muerto como Alonso Quijano, el *Bueno*.

Su vida tuvo también semejanza con la de nuestro andante caballero. Hasta la figura—largo el cuerpo, alta la frente—recordaba al héroe manchego.

Déroulède, igual que Quijote, quería algo muy noble, muy bello, muy de otras tierras... De otras tierras que no sean como ésta caduca que pisamos. Su «quimera» es la Dulcinea, que le lleva por campos y lugares, sembrando lo que no puede florecer, lo que no dará aromas. Los ideales son actualmente plantas exóticas de países que ya no existen...

Así Déroulède, siendo un convencido, un enamorado fervoroso, no vió el fruto de sus amores. Tal vez le faltó el Sancho Panza que, haciéndole caer de sus palacios de ensueño, le hablara de cuando en cuando de la prosa de la vida, de la realidad fría y rajante.

Tuvo seguidores, adeptos numerosos—¿quién no los tiene ahora que hay comparsas en todas las farándulas?—no convencidos de la idea, aunque sí caldeados por el fuego vivo que hacía brotar con sus arengas este caballero digno del Romancero castellano.

Pero si Déroulède no las animaba, esas brasas perdían pronto los toques rojizos que dicen de vida. Al escuchar la frase ardiente del tri-

buno, se pensaba un momento si las llamas arrasarian todo y, ¡por fin!, el Ideal sería Realidad... «Las palabras se las lleva el viento» y quedaban solas, como un eco lejano, esas briznas agonizantes que, hace un minuto, fueron hoguera.

Por eso, al apagarse su vida, no es únicamente Pablo Déroulède el que se hunde en la huesa. El Ideal ha quedado roto: como rosa mística que perdiera sus perfumes, olvidada sobre el búcaro del tocador de una damisela cortesana de Luis XV; como aristocrático solterón que al morir dejara sus blasones y pergaminos en los viejos arcones de roble, a merced del polvo de los siglos que irá borrando los arabescos de la orla y los góticos caracteres, tristes pregoneros de unas fazañas idas...

Francia está de luto: ha bajado al sepulcro el Quijote de la raza gala.

Yo, que tantas veces le vi pasear su destierro por calles donostiarras, vislumbré en el semblante amable del ilustre proscrito una dulce sonrisa de gratitud a los vascos que recogieron su pena con ansias de trocarla en dicha...

Y al cariño que Déroulède profesara a mi tierra, responde, en el día de las postreras alabanzas, mi pluma dolorida, dedicándole unas pobres líneas que sólo tienen el encanto y aroma de la oración ferviente rezada al borde de la tumba del último hidalgo, por un alma que adivina la grandeza de la suya...

IÑIGO DE ANDÍA

